

unánimemente la resolución de los rusos. El embajador de Francia dijo que se reservaba también el derecho de esponer las miras de su gobierno hasta que las dos partes más interesadas hubieran agotado la discusión; los plenipotenciarios ingleses dijeron lo mismo; y Aarif-effendi, que tampoco estaba autorizado para tomar la iniciativa, continuó explicándose como un verdadero sacristán de amen, que es lo que vulgarmente se dice, pues no hizo otra cosa que manifestar la esperanza de que su gobierno aceptaría las proposiciones que presentaran los plenipotenciarios de Francia y de Inglaterra.

No pudiendo empezarse la discusión de la tercera garantía hasta que los plenipotenciarios rusos recibieran nuevas instrucciones de San Petersburgo, el conde de Buol propuso que en la sesión siguiente se diera principio al examen de la cuarta para aprovechar el tiempo y el príncipe Gortschakoff dijo que por su parte no tenía inconveniente en ello, añadiendo que no cifraba en el cuarto principio ninguna idea política. El plenipotenciario otomano declaró que el sultán había dado y continuaba dando pruebas incontestables y notorias de la benévola intención de que estaba animado en favor de los cristianos de su imperio, pero luego añadió que debiendo llegar á los pocos días otro plenipotenciario turco con poderes más amplios y con instrucciones más completas, sería conveniente diferir la discusión de la cuarta garantía hasta entonces. Poco dispuestos los demás plenipotenciarios á sujetarse á las resoluciones de los turcos, se negaron á acceder á la demanda de Aarif-effendi y señalaron el día 29 de marzo para la sesión siguiente.

#### *Conferencia séptima.*

Esta conferencia tuvo lugar efectivamente en dicho día, y en ella estuvieron presentes los mismos plenipotenciarios que en la anterior.

El plenipotenciario otomano dijo que acababa de recibir por el telégrafo la noticia de que el día 23 se hallaba á punto de salir de Constantinopla para Viena el nuevo plenipotenciario, y luego los diplomáticos de Francia y de Inglaterra declararon que, según las órdenes que acababan de recibir de sus respectivos gobiernos, debían atenerse al orden que la conferencia había prefijado al abrir las negociaciones, y que por consiguiente no podían entrar en la discusión de la cuarta garantía antes de haber tomado una resolución definitiva sobre la tercera.

Los plenipotenciarios austriacos dijeron que sentían vivamente que los consejos de sus aliados obligaran á la conferencia á perder un tiempo tan precioso, y como hombres de recursos manifestaron que entretanto podían dedicarse á reunir todos los datos que exigía la discusión de la cuarta garantía sin prejuzgar ningún punto esencial, mas aunque los plenipotenciarios rusos apoyaron esta proposición, en lo cual verán nuestros lectores una prueba del deseo que los animaba de aprovechar el tiempo, los diplomáticos de Francia y de Inglaterra se contrajeron á decir que pedirían la autorización competente á sus gobiernos para tomar parte en aquellas discusiones preliminares. El ministro otomano dijo, como de costumbre, que tomaría parte en las conferencias en cuanto se hallaran competentemente autorizados los representantes de las potencias occidentales, y no pudiendo por consiguiente pasar adelante, se levantó la sesión.

#### *Conferencia octava.*

En 2 de abril se reunió de nuevo el congreso para oír la contestación que los gobiernos de Inglaterra y Francia habían dado á sus plenipotenciarios. El ministro de Francia dijo que su go-

bierno se había negado á autorizarle para discutir la ejecución de la cuarta garantía hasta que se hubiese hecho un arreglo definitivo sobre la tercera; pero la conferencia no oyó con mucho sentimiento esta declaración, porque al mismo tiempo se le notificó que estaban á punto de llegar á Viena los ministros de negocios extranjeros de Francia y de Turquía para tomar parte en las deliberaciones.

Los plenipotenciarios de la Gran Bretaña anunciaron igualmente que tampoco se les había autorizado para alterar el orden que el congreso había fijado al abrir las negociaciones; pero los representantes de Austria y de Rusia, que conocieron desde luego el profundo miedo con que las potencias occidentales temían entrar en el examen de los dos últimos puntos, que eran los que ofrecían verdaderas dificultades, manifestaron cuanto sentían aquella interrupción que iban á sufrir las sesiones por culpa de los gobiernos de Inglaterra y de Francia. Inútil es añadir que el representante de Turquía fué del mismo parecer que los de Francia y de Inglaterra.

El embajador francés, no sabiendo que contestar á las observaciones del príncipe Gortschakoff, dijo que no por esto debía creerse que su gobierno no se interesaba con tanta eficacia como antes por los súbditos cristianos del sultán, y para probar su aserto añadió que precisamente por la importancia que daba Napoleón III á la suerte de los rayas, le había parecido más conveniente abstenerse de cualesquiera deliberaciones preparatorias hasta la llegada del ministro de negocios extranjeros de Turquía; mas el príncipe Gortschakoff, tomando acta de esta declaración, manifestó con ironía que no se le alcanzaba que la ausencia de los ministros de negocios extranjeros de Francia y de Turquía pudiese ser un obstáculo de tanta monta para las deliberaciones preparatorias de la cuarta garantía. Lord John Russell, á fuer de ministro de un gobierno representativo, en vez de dar satisfacción á su preopinante, como hubiera sido natural y justo, prorrumpió en vulgaridades y lugares comunes diciendo que el gobierno de S. M. británica había deseado constantemente que los súbditos cristianos del sultán fueran bien tratados; que el embajador inglés en Constantinopla acababa de escribir á Inglaterra diciendo que la Puerta continuaba animada del mejor espíritu con respecto á los cristianos, y que por consiguiente el gobierno inglés no miraba aquel punto con indiferencia. Ni el conde de Buol, ni los plenipotenciarios rusos, ni el mismo representante de Turquía habían creído hasta entonces que la cuarta garantía tuviese nada que ver con la tercera; mas el ministro de Inglaterra, no sabiendo como disculpar á su gobierno por la temeridad con que se negaba á autorizarle, dijo que la cuarta garantía se rozaba fuertemente con los derechos de soberanía del sultán, y para deducir una consecuencia de esta premisa añadió que por esto su gobierno no quería entrar en el examen del cuarto punto sin que se hubiese resuelto el tercero.

El conde de Wetsmoreland repitió en diferentes palabras lo que acababa de decir su colega, y el plenipotenciario turco manifestó que se adhería en todo á la opinión emitida por los diplomáticos de la Gran Bretaña.

No teniendo por tanto ningún asunto á que dedicarse y atendiendo no solamente al tiempo que necesitaban los plenipotenciarios rusos para recibir instrucciones de San Petersburgo, sino también á las ceremonias religiosas de la semana mayor, el congreso levantó la sesión, que, como pueden conocer nuestros lectores, fué tan estéril ó inútil como la anterior, y determinó celebrar la siguiente el día 9 de abril.

*Conferencia novena.*

Los gobiernos de Francia y de Turquía, que al principio habían creído suficientes las instrucciones de sus embajadores respectivos para discutir la ejecución de las cuatro garantías, conocieron su error apenas observaron la profunda y para ellos inesperada lógica con que se producían los representantes de Rusia, y en consecuencia determinaron subsanar aquella falta enviando á Viena nada menos que á sus ministros de negocios extranjeros. En 9 de abril se abrió la novena conferencia, y el conde de Buol dió principio á la sesión introduciendo á Mr. Drouyn de Lhuys y á Aali-bajá, que estaban revestidos de plenos poderes para tomar parte en las negociaciones. Los nuevos plenipotenciarios exhibieron sus respectivos poderes, que, reconocidos en debida forma, fueron depositados con los demás documentos.

Leyóse luego el protocolo de la sesión anterior, y habiendo manifestado los plenipotenciarios rusos que aun no habían recibido de San Petersburgo las instrucciones que estaban esperando; en virtud de las resoluciones tomadas por el congreso en 26 de marzo, levantóse la sesión; y se difirió la siguiente hasta el día 17 para que el gobierno ruso tuviera tiempo de corresponder á la iniciativa que se le había ofrecido.

El protocolo de esta conferencia fué firmado por el orden siguiente: Buol Schauenstein, Prokesch-Osten, Drouyn de Lhuys, Bourqueney, J. Russell, Westmoreland, Aali, Aarif, Gortschakoff, Titoff.

## LIBRO II.

Continúan las conferencias de Viena.—Discusion relativa á la tercera garantía.—Desacuerdo entre los plenipotenciarios.—Suspension de las conferencias.

Vamos á referir detenidamente las diversas fases de la discusión relativa á la tercera garantía, que era la que ofrecía á los plenipotenciarios el problema mas difícil y mas espinoso. Limitar la preponderancia marítima de una potencia contra la que las naciones occidentales están apurando inútilmente sus grandes recursos militares y pecuniarios, es descargar un golpe decisivo, sino en las condiciones esenciales de su existencia, por lo menos en la base de sus formidables proyectos: obligar á Rusia á abdicar uno de los mas importantes derechos de su soberanía para que su impotente vecino pueda continuar infringiendo impunemente la letra de los tratados que se le han impuesto á fuerza de sangre y de victorias, es indudablemente la empresa mas ardua que podía concebir la gastada imaginación de los diplomáticos de París y de Londres. Cuando al leer la historia antigua consideramos el valor de los esfuerzos con que la república cartaginesa disputaba á los romanos el imperio de lo que entonces llamaban el mundo, no nos admira ciertamente que la política de Roma triunfara de la resolución y del heroísmo de Cartago, sin que por esto dejemos de tomar en cuenta las calidades personales del gran Anibal; mas cuando consideramos el valor de la garantía que la diplomacia del Sena se atreve á reclamar del gabinete de San Petersburgo, no sabemos si es mas inexcusable la arrogancia de Napoleón III ó el candor de sus admiradores. Concebimos perfectamente que el poderoso Jerjes se atreviera á exigir de Grecia la tierra y el agua; concebimos que los diputados de Roma osaran reclamar de Cartago la entrega de los invasores de Sagunto; concebimos que Napoleón I y Alejandro I se acordaran en Tilsit para distribuirse la posesión de todos los pueblos del mundo; pero no concebimos que el héroe de Estrasburgo y de Boloña se atreva á pedir la destrucción de la escuadra rusa; no concebimos que Mr. Drouyn de Lhuys se tome la libertad de ponerse frente á frente con el conde de Nesselrode ó con el príncipe Gortschakoff.

Hay además una circunstancia que rebaja de una manera todavía mas notable el mérito de los planes de la diplomacia occidental. Los gabinetes de París y de Londres querían reducir la escuadra rusa del mar Negro á un corto número de buques; pero lo cierto es que los mismos otomanos se han adherido siempre con repugnancia á semejante proyecto, porque si la escuadra moscovita es una amenaza contra Constantinopla, no es una amenaza de menor valía la presencia de la escuadra anglo-francesa en el Mediterráneo, sin contrapeso de ninguna clase en el mar Negro. ¿Por ventura ignoran las potencias occidentales la verdadera razón en que se apoya el gobierno turco para cerrar los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo á los buques de línea de todas las naciones? ¿Cree acaso Napoleón III que á los sultanes otomanos les infunde mas temor la preponderancia rusa en el Euxino que la preponderancia de los aliados en las aguas de Malta